

PRÓLOGO

LAS NAVIDADES PASADAS

URGENTE

Circular interna de West Media

Estimados y valiosos empleados:

Las Navidades están de nuevo a la vuelta de la esquina, y me gustaría recordaros personalmente que nuestra empresa no concede días libres, ni siquiera por enfermedad, en esta época del año.

Puesto que algunos de vosotros ya habéis presentado solicitudes a Recursos Humanos para que se os concedan en Navidad, permitidme reiterar lo que os dije cuando os contraté: no existen «días libres» en diciembre.

Mi definición de Navidad es «día laborable de catorce horas».

Y la fiesta de empresa es un evento de obligatoria asistencia.

No hay excepciones a estas reglas, que se aplican tanto a mis ejecutivos superiores como a mí.

Estoy ansioso por veros en la ceremonia de presentación, donde la agencia de viajes nos informará del destino de este año para nuestro retiro de dos semanas con gastos pagados.

Y no os olvidéis de traer el regalo que habéis comprado este año para vuestro amigo invisible.

A menos que queráis que se os despida.

Atentamente

Garrett West

Director General de West Media International

P. D.: No es necesario que me deis las gracias por las generosas oportunidades que os ofrezco.

~La industria del espectáculo nunca duerme, y, por lo tanto, nosotros tampoco~

1

PUNTA CANA, REPÚBLICA DOMINICANA

LAS NAVIDADES PASADAS

SAVANNAH

—¿Estás segura de que tu jefe está de acuerdo con esto? —Mi hermana pequeña, Georgia, se desabrocha el cinturón de seguridad en cuanto el avión aterriza—. Habría jurado que dijiste que nunca le concede a nadie días libres en Navidades.

—Precisamente esa es la cuestión —le respondo—. He planeado este viaje a la perfección. Cuando hayamos pasado las dos primeras noches aquí, será demasiado tarde como para que pueda evitar que me pierda la fiesta de empresa. Lo peor del temporal se habrá acercado a la costa, y todos los vuelos estarán cancelados. En especial porque se supone que Teresa sería un huracán de la categoría cuatro.

—Perdona, ¿qué? —Los ojos se le abren como platos—. Me aseguraste que la temporada de huracanes se pasó en noviembre.

—Llegado ese momento, trataré de enviarme un correo, estoy segura. —No puedo parar de hablar. Estoy demasiado emocionada ante la perspectiva de salirme con la mía.

Perder de vista a Garrett West.

Comencé a planificar este viaje hace seis meses, y este huracán sorpresa que va a llegar fuera de temporada debe de ser un regalo del universo. Es mi recompensa por haber logrado la subida más rápida de la empresa en tres años y por haber conseguido aguantar las ganas de estrangular a Garrett West hasta matarlo.

Soy su principal consejera, y conozco su rutina como la palma de mi mano. Sé que en estos momentos se encontrará en su avión privado de camino a Hawái. Estará recostado en su asiento, con esa arrogante sonrisa suya, mientras le da sorbos a su marca favorita de whisky escocés. Dentro de unos minutos empezará a analizar los informes que le he enviado y después me enviará por correo un montón de «cambios sugeridos» sin otro motivo más que hacerme la vida imposible.

—Estoy segura de que, tarde o temprano, se preguntará adónde me he ido —digo en voz alta, sonriendo—. Pero no voy a dejar que me torture con su ridícula fiesta de empresa de este año. He configurado un sistema automático de respuesta para cualquier tipo de pregunta que pueda hacerme, así que no notará mi ausencia durante un tiempo.

—¿Puedes rebobinar y explicar un poco mejor lo malo que va a ser el huracán? —me pregunta Georgia—. Eso es lo que quiero escuchar en estos momentos.

—Nunca he trabajado para nadie que esté tan obsesionado con su trabajo —continúo—. Por la forma en que nos habla, parece que haya inventado la cura para una enfermedad. Ya te he contado lo de su política de días libres, ¿verdad?

—El huracán, Savannah... —Me mira con los ojos entrecerrados—. Empieza a hablar sobre el huracán.

—O sea, ¿quién quiere pasar el día de Navidad con las personas que te están haciendo la puñeta durante el resto de la semana? —Niego con la cabeza—. A algunos de nosotros nos gusta ir a casa a ver a nuestra familia.

—Me rindo. —Se levanta y coge su bolso del compartimento superior—. ¿Sabes? Para ser justos, casi nunca vienes a casa en Navidades. Y si quieres que te sea completamente sincera, tú también eres un poco adicta al trabajo. Todavía no te he perdonado que te trajeras el portátil a mi ceremonia de graduación.

—Tenía que acabar un trato urgente, y ya me he disculpado contigo un millón de veces.

—Te has disculpado *dos* veces.

—Eso no quiere decir en absoluto que me parezca a Garrett West. —Cojo mi bolso y la sigo por el puente móvil—. Soy perfectamente capaz de desconectar del trabajo y tomarme un descanso.

Como tratando de demostrar que digo la verdad, apago el móvil y me lo meto en el bolsillo trasero. Después me pongo una alarma en el reloj para que me avise de cuándo tengo que volver a encenderlo de nuevo.

Seguimos las indicaciones hasta llegar a la zona de aduanas. Esperamos media hora a que los agentes comprueben nuestros pasaportes, vamos a recoger las maletas de la cinta de equipajes y nos dirigimos a la salida del aeropuerto.

Hay un hombre con una camisa de manga corta y estampado floral que lleva un cartel que dice:

«¡BIENVENIDAS AL PARAÍSO, SAVANNAH Y GEORGIA GREY!».

—¡Buenos días y bienvenidas a Punta Cana, señoritas! —Sonríe—. Soy Emilio, y estaré encantado de acompañarlas a The Excellence Resort. ¿Necesitan...? —Se detiene cuando el rugido de unos truenos suena desde lejos. Le sigue la luz de varios rayos.

—Voy a volver a subirme al maldito avión —anuncia Georgia—. Me niego a morir hoy.

—No se preocupe por eso, señorita. —Emilio tiende la mano para coger su equipaje—. Volveremos a tener un cielo azul en tan solo unos minutos. Solo es una tormenta pasajera.

Ella duda durante unos segundos antes de darle la maleta.

Él sonríe, abre la puerta del maletero del todoterreno negro y mete nuestras cosas con cuidado.

Antes de arrancar, llena dos copas de champán y le ofrece a Georgia un plato de fresas con chocolate.

Durante el trayecto, cierro los ojos y repaso mentalmente todos los preparativos para asegurarme de que no se me ha escapado ni una:

-Entregar un informe médico falso: hecho.

-Asegurarme de que mi equipo tiene preparado el proyecto con dos meses de antelación: hecho.

-Decirle a la vecina que cuelgue globos y un cartel que diga «RECUPÉRATE PRONTO, SAVANNAH» en la puerta de mi casa mañana por la mañana: hecho.

—¡En absoluto, señorita! —La risa gutural de Emilio me saca de mis pensamientos—. Nuestro resort se ha construido de manera que pueda soportar los huracanes más fuertes, y lo peor de esta tormenta no se nos llegará ni a acercar.

Miro a Georgia, que no parece aliviada en lo más mínimo. Se aprieta el bolso contra el pecho y se mece hacia delante y hacia atrás, como si nos quedaran tan solo unos segundos de vida antes del fin del mundo.

—Lo he comprobado todo varias veces —le susurro—. Vamos a estar bien. Confía en mí.

Ella me ignora y sigue atormentando al conductor con preguntas sobre el tiempo.

No pasa mucho hasta que el cielo vuelve a ponerse de color azul, tal y como había prometido Emilio, y para cuando las nubes grises han desaparecido del mapa, ya hemos llegado al final de un camino.

Las enormes puertas de madera de The Excellence Resort se abren y la mandíbula se me desencaja. El exuberante follaje que nos espera no se parece en nada a la jungla de asfalto de Manhattan.

Enciendo el móvil para hacer fotos, pero antes de que pueda echar ninguna, aparece un mensaje en la pantalla.

El capullo de mi jefe (No responder): He oído que has contraído una infección y que no podrás venir con nosotros a Hawái... ¿Es eso cierto?

Sé que no debería responder, que debería ignorarlo hasta que vuelva a Manhattan, pero no puedo evitarlo.

Yo: Sí. El peor dolor que he sentido nunca.

El capullo de mi jefe (No responder): Siento escuchar eso, señorita Grey. Qué mala suerte, espero que te recuperes pronto.

Yo: Muchas gracias por tu interés, señor West. De verdad espero que «la fiesta» de Hawái vaya bien sin mí. (Para que lo sepas, estaba deseando poder ir. ¡Parecía un resort fantástico!).

Me envía otros tres mensajes más, pero no los abro.

En su lugar, silencio las notificaciones y echo todas las fotos que puedo al paisaje por el que vamos pasando.

—Vale, estás perdonada por haberme traído aquí —dice Georgia—. Este lugar es toda una maravilla.

Cuando el conductor se detiene delante del resort, el conserje nos recibe con flores.

—Les hemos asignado una habitación mejor, señorita Grey — anuncia—. Nuestro director esperaba poder saludarlas en persona, pero les envía saludos. Por favor, síganme; el botones se encargará de su equipaje.

Lo seguimos a través de un laberinto de palmeras altas y edificios de piedras blancas. Cada dos minutos nos tropezamos con jardines y piscinas de un azul resplandeciente hasta llegar a un chalé independiente.

—Esta es la mejor *suite* de todo el resort —informa mientras abre la puerta y nos muestra todo un mundo de opulencia.

Casi no puedo ocultar la emoción que siento cuando nos enseña todos los servicios de los que dispone.

Piscina privada integrada con vistas al mar.

Mayordomo personal y sábanas de lujo.

Postres y alcohol ilimitados.

Ningún Garrett West.

Cuando nos enseña otra piscina adicional en la terraza, Georgia abre una botella de champán y yo salto a un flotador con forma de flamenco.

—¿Qué tal si brindamos? —sugiere ella—. La primera va por ti.

—No. —Espero a que me llene la copa—. La primera va por librarme de la asistencia obligatoria...

Al día siguiente, como de costumbre, me giro en la cama a las cuatro de la mañana. Mi cerebro está conectado a la agenda para las Navidades de West Media, con lo que abro el portátil y comienzo a comprobar mis correos.

Para mi sorpresa, el señor West no ha enviado ni un solo mensaje, y lo único urgente que tengo que hacer es darle las gracias a quien le he tocado de amigo invisible: Jerry, de marketing. Me ha regalado un cheque de regalo de Starbucks con una nota que dice: «*Espero que te guste la lectura*», además de un ejemplar en papel de *Cómo tratar con un jefe controlador*.

Ya tengo tres ejemplares de ese mismo libro, y he escuchado la versión en audiolibro un montón de veces, pero le respondo que estoy «deseando» leer un libro nuevo.

Mi mirada se desvía hacia otro correo, una tarea por la que sé que el señor West perderá la cabeza, y antes de darme cuenta ya estoy llamando al servicio de habitaciones para pedir café mientras me ocupo de los proyectos, y los minutos se transforman en horas.

—¿Ya estás trabajando en vacaciones? —Georgia entra en mi habitación a eso de las diez con un bikini de un color rojo vivo—. ¿Hay otro asunto «urgente» del que tengas que ocuparte?

—No. —Cierro el portátil y lo tiro a la cama—. Estoy lista para relajarme cuando tú lo estés.

—Demuéstralo. —Se cruza de brazos.

Bajo su mirada vigilante, me pongo un bañador, me recojo el pelo en un moño y cojo unas cuantas toallas antes de seguirla hasta la playa.

Cuando colocamos las sillas cerca de la orilla, el conserje del resort se acerca a nosotras con un sobre blanco.

—¿Señorita Grey? —pregunta—. Acabo de recibir un mensaje urgente para usted.

—El director está exagerando un poquito. —Le sonrío—. No pasa nada por no habernos recibido en persona, se lo prometo.

—No es del director, señorita. Es de un tal señor Garrett West.

—¿De quién? —Se me quiebra la voz—. ¿Qué nombre acaba de decir?

—Señor Garrett West, de West Media. —Lee la parte frontal del sobre—. Dice que se trata de una urgencia, y que debe leerlo.

Todo mi mundo se detiene y yo meneo la cabeza, incrédula. Es totalmente imposible que se haya enterado de que estoy aquí, así que o bien estoy soñando o el universo me está gastando una broma muy pesada.

—No conozco a ningún Garrett West —replico—. Debe de haber otra Savannah Grey aquí, lo siento.

—Usted y su hermana son las únicas huéspedes de esta parte del resort, señorita Grey. —Estira la mano un poco más para tratar de entregarme el sobre.

Yo no lo cojo.

—Por motivos de seguridad, le hicimos verificar un par de cosas —afirma—. Incluso le pedí que la describiera.

—¿Y cómo la ha descrito entonces? —pregunta Georgia, que se coloca junto a mí—. Es decir, yo tampoco conozco a ningún señor

West, así que ese tipo tiene que ser un acosador o algo por el estilo.

Él nos mira sin parpadear.

Me entran ganas de echarme en la silla y disfrutar del resto del día, pero el conserje se saca un Post-it arrugado del bolsillo.

Se aclara la garganta y comienza a leer.

—Cito textualmente... «Es una jodida visión, pero ya que tengo que concretar más, tiene los ojos de color almendra y unos rizos castaño oscuro que le enmarcan la cara y complementan el color de su piel. Si está cerca del agua cuando le dé mi mensaje, probablemente lleve el pelo recogido con un lazo de lunares rojos y negros, porque, sea por el motivo que sea, solo compra esos colores».

Me quito el pañuelo de la cabeza y me lo escondo detrás de la espalda.

—No llevo pañuelo hoy.

—«Lleva los labios siempre pintados de color rojo fuerte» —continúa él—, «y siempre que miente, tiende a hablar demasiado rápido, y...».

—Vale, basta. —Le quito el sobre de las manos—. Muchas gracias por el mensaje.

—No hay de qué, señorita Grey. —Asiente y se aleja caminando.

Cuando lo perdemos de vista, hago el sobre añicos. Después me echo de nuevo en la silla e intento pensar en dónde se encontrará Garrett en estos momentos. Es el segundo día de la fiesta, así que estará celebrando una reunión de logística en YouTube.

—Tenía muchas ganas de escuchar el resto de la descripción —dice Georgia, sonriendo—. Te ha llamado «jodida visión», así que tiene que ser bastante franco en el trabajo.

—Es muchas cosas en el trabajo.

—¿Es atractivo? ¿Merece la pena googlearlo?

—Ni lo más mínimo —le miento, recordando su cara perfectamente esculpida—. Es un capullo pomposo y arrogante cuya autoestima es tan baja que cree que los trajes que cuestan miles de dólares atraen a las mujeres. Pues no.

—Ah, vaya, qué triste.

—Desgarrador.

Me coloco las gafas de sol y me relajo, rogando que, cuando me despierte, todo esto no haya sucedido nunca.

Por favor, que venga pronto el huracán.

1 B

PUNTA CANA, REPÚBLICA DOMINICANA

LAS NAVIDADES PASADAS

(MÁS TARDE, ESA MISMA NOCHE)

SAVANNAH

Las palmeras del vestíbulo brillan cuando Georgia y yo posamos para hacernos fotos. Llevamos puestos unos lujosos albornoces blancos del *spa*, cortesía de la categoría superior en que nos han colocado. Y gracias al director —y a la tormenta que se avecina—, tenemos todo el edificio para nosotras.

Los nubarrones negros planean sobre la isla y una lluvia fuerte ataca las ventanas, pero el personal no parece demasiado preocupado.

—Quiero coger algunas diademas de reno de la tienda de regalos —me dice Georgia—. ¿Quieres una?

—Sí, ¿pero me la puedes comprar de ángel en vez de la de reno?

—Claro. —Coge su monedero y echa a correr escaleras abajo.

Cuando estoy segura de que se ha alejado, saco el móvil y entro en el foro privado que creé cuando comencé a trabajar para West Media. No puedo aguantarme las ganas de saber qué está ocurriendo en la fiesta ahora mismo, y por alguna razón, siento que algo no anda bien.

FORO DE PULLAS CONTRA EL JEFE 1.0

ASUNTO: GARRETT WEST

Russ76: Vale. ¿Quién coño ha meado en sus cereales esta mañana?
¿Qué cojones le pasa hoy?

LilyV8: ¿A que sí? Está mucho más pesado con los plazos de entrega que nunca. ¿Alguien del equipo ejecutivo sabe qué está pasando?
¿Dónde está @SavannGrey?

Heather20: Estaba bebiendo ponche de huevo con alcohol en la playa esta mañana, y lo he visto caminar de un lado a otro y gritar al teléfono. Sea lo que sea, está CABREADÍSIMO. (Está más sexy así de cabreado, debo decir).

Russ76: @LilyV8, estoy segura de que anda por aquí, en alguna parte. ¿Alguien sabe la marca de colonia que lleva? Estoy pensando en comprársela a mi marido.

Heather20: Se llama «Soy un cerdo sin escrúpulos». ¡JAJAJA! Probablemente cueste unos dos mil dólares, de todas formas... #cómprale-unacalvinklein

Reviso los otros hilos para comprobar quién está trabajando en qué y tratar de averiguar qué es lo que ha fastidiado a Garrett.

¿Soy yo?

Detrás de mí suena de repente el sonido de unos pasos pesados y después alguien se aclara la garganta.

—No parece que estés sufriendo en absoluto... —Se trata de una voz grave que conozco demasiado bien—. ¿Estás disfrutando de tus vacaciones sin mí?

¿Qué cojones?

Tomo aliento, me giro y me encuentro cara a cara con la cruz que llevo auestas: el hombre más sexy que haya pisado Manhattan. En vez de su traje habitual de tres piezas y de su corbata de quinientos dólares, lleva vaqueros y una camiseta de color gris oscuro que se adapta a sus músculos en todos los lugares adecuados.

Sus oscuros ojos azules están fijos en los míos, y su sonrisa es más letal que nunca.

Durante unos segundos me olvido de que es el mismísimo Satanás personificado que ha volado trece horas para enfrentarse a mí en otro país.

Así que el «telegrama» sí que ha sido real...

—¿Y bien? —Los labios se le curvan en una sonrisa de suficiencia—. ¿Te lo estás pasando bien, señorita Grey?

Trago saliva.

—¿Cómo demonios me has encontrado?

—Podrías haber ido al *spa* de Hawái —continúa, y me mira el alboroz—. Lo habría pagado yo.

—¿Cómo demonios me has encontrado? —repito.

—Bueno, como el jefe generosísimo y preocupado que soy, me he pasado por tu casa —contesta—, con sopa y paquetes de comida *gourmet* para que te duraran toda la semana.

—Podrías haber usado Uber Eats.

—Pensé que mi consejera favorita merecía una entrega personal. —Se acerca y me mira con los ojos entrecerrados—. Así que imagínate mi gran sorpresa al comprobar que no estabas allí, y que si de verdad tuvieras una infección, estarías en un hospital. Llamé a todos los que hay en el estado.

—Me pasé por el de Nueva Jersey.

—No tienes permiso de conducir, y ni mucho menos un coche. —Se detiene, y me pone cachonda en contra de mi voluntad, lo cual impide que salte la barandilla y me vuelva pitando a mi habitación.

—Di la bienvenida al equipo de Hawái el primer día y decidí que sería mejor dejarte pensar que te habías salido con la tuya —afirma—. Por si te sirve de algo, me ha impresionado muchísimo con cuánto detalle has llevado a cabo este plan. Probablemente ese sea el motivo por el que te convertí en una de mis principales consejeras.

—¿Es demasiado tarde para que vuelvas a degradarme?

Él sonríe y acorta la distancia entre nosotros.

—De nada por el ascenso, por cierto. Creí que te merecías dormir en la mejor *suite* que pueda ofrecer este lugar.

—También me merezco pasar las vacaciones como me dé la gana.

—Estoy de acuerdo. —Se mira el reloj—. Tienes el resto de la noche y hasta mañana por la tarde. Puesto que se espera que la tormenta empeore mañana por la noche, he decidido organizar el viaje a Hawái en tu lugar. Tu hermana y tú podréis compartir mi otro avión privado.

—Mi hermana no quiere marcharse.

—Oh, Dios mío, ¿nos marchamos? —Georgia dobla la esquina de repente—. ¿Antes de que llegue la tormenta? ¿Y vamos a ir a Hawái?

—Sí —le responde Garrett sin desviar la mirada de la mía—. Os vais.

—Oh, Dios mío, ¡gracias! —Deja escapar un suspiro de alivio—. ¡Tu jefe no es tan mala persona, Savannah! —Inclina la cabeza hacia un lado—. Y me has engañado del todo sobre su aspecto. Guau.

Garrett le sonríe antes de volver a centrar de nuevo la atención en mí.

Muevo los labios para decirle sin hablar «No te soporto» y me cruzo de brazos.

—Creo que ya va siendo hora de que te olvides de la fiesta de empresa. Es una tradición totalmente innecesaria.

—Es algo que instauró mi difunto padre, a quien respeto y quiero.

—Odias a tu padre, y todavía sigue con vida. Lo vi en una cafetería hace dos días.

—¿Te dijo algo?

—Líbrame de esta fiesta de empresa y te lo contaré.

Silencio.

Nos miramos el uno al otro en una lucha de voluntades, la misma a la que nos enfrentamos todos los días en la oficina. Me niego a ser la primera en actuar.

—Señorita Grey —dice—, el avión privado estará listo para llevarlas a Hawái a las tres en punto.

—Apareceré a las cuatro.

—Me lo imaginaba, así que le he dicho al piloto que se preparase para despegar a las cinco.

Camina hacia atrás y me mira de arriba abajo.

—Si no hay nada más que debemos discutir en estos momentos, te veré en la fiesta de empresa.

Me muerdo la lengua y le dejo ganar esta ronda cuando se aleja envuelto en su aura de arrogancia. Con cada paso que da, juro que encontraré un trabajo nuevo antes de la próxima fiesta de empresa.

No me volverá a pasar esto nunca más.

2

MANHATTAN, NUEVA YORK

ESTAS NAVIDADES (UN AÑO DESPUÉS)

SAVANNAH

Por favor, no me hables ahora. Por favor, no me hables...

Giro la llave dentro de la cerradura de mi casa rezando para que se abra rápido y me salve de tener que mantener una conversación con la vecina de al lado.

Está obsesionada con las Navidades e insiste en que todos los vecinos del bloque se inscriban en su «Lista de deseos mágicos». No para de alardear sobre lo bien que funciona, pero el año pasado yo pedí expresamente un nuevo empleo y un nuevo jefe, una oficina en lo alto de un rascacielos con vistas a Manhattan y un par de pijamas tan suaves que me hicieran tener ganas de quedarme en la cama. Sin embargo, a cambio recibí un ascenso a consejera jefa de Satanás, muebles nuevos y flores para mi oficina de siempre, y un sarpuellido gracias a los pijamas de franela que me regaló Georgia.

—¿Savannah? —me llama—. Savannah Grey, ¿eres tú?

Mierda.

Finjo una sonrisa y me giro.

—Sí, señora Cole. Soy yo.

—¡Cada día estás más guapa! —Se coloca bien el gorro rojo chillón de Papá Noel y camina hacia mí—. Si tu novio viviera en la ciudad, te invitaría a una de nuestras fiestas privadas. Mi marido está chiflado por ti, ya lo sabes.

Asiento. Nunca sé que decir cuando me cuenta lo mismo, y estoy bastante segura de que tanto ella como su marido son *swingers*.

—Bueno, queda un día para diciembre, así que ya sabes lo que eso significa. —Se saca un sobre rojo con purpurina del bolsillo del pecho y un rotulador negro enorme—. Es hora de que escribas las tres cosas que quieres que te traiga Papá Noel. Y asegúrate de que esté bien cerrado, para que él sepa que es real.

Le cojo el rotulador y escribo:

- «1) Que mi vecina deje de creer en Papá Noel.*
- 2) Que tenga un orgasmo con mi novio. (Aunque sea solo uno).*
- 3) Que lleguen unas Navidades que pueda disfrutar de verdad».*

Lamo el borde y lo pego, y después se lo entrego.

—Aquí tiene, señora Cole.

—Gracias. ¡Que pases una buena noche!

—Usted también.

Empujo la puerta y entro en mi apartamento para quedarme parada en seco al contemplar la escena invernal que se despliega en mi salón.

Junto a mi ventana hay una fila de árboles de Navidad blancos con luces parpadeantes en color rojo y blanco, un tren de juguete reluciente recorre las tablas de madera del suelo y casi todas las superficies están cubiertas de frondoso espumillón verde.

De la chimenea cuelgan seis calcetines, y cada uno de ellos tiene una palabra escrita en purpurina de color plata.

«POR-FAVOR-VUELVE-A-CASA-SAVANNAH».

Me acerco y me doy cuenta de que en la mesita de centro está abierto mi libro infantil favorito. Dentro de sus páginas hay una nota escrita a mano, y la caligrafía es sin duda la de mi abuela.

«Querida Savannah:

Espero que no te importe que haya contratado que decoren tu apartamento este año.

(Con el magnífico trabajo que tienes, creo que podrías permitirte poner una cerradura mejor en la puerta :)).

He supuesto que esto es lo más parecido a celebrar las Navidades contigo.

Sé que en tu empresa no os dan días libres para estas fechas, pero ¿qué tal si vienes a verme después?

Llámame cuando puedas.

Te quiero.

Tu abuela Hattie

P. D. 1: He pedido que te dejen mis mejores galletas en la nevera.

P. D. 2: A tu madre no le gustaría saber que has dejado de venir a casa después de graduarte en la universidad. Ni a tu padre. La familia lo es todo, Savannah».

Camino hacia el tren de juguete y lo quito de las vías para meterlo dentro de un cajón.

Hace mucho que mis padres se marcharon: fueron víctimas de un choque de tren, y no hay cantidad alguna de dulces ni viajes a casa que puedan devolvérmelos.

Desvío la atención hacia las galletas de jengibre que están colocadas sobre el mantel. Cada una de ellas tiene el nombre de los miembros de mi familia que dejé en casa. Paso los dedos por todas las letras y me detengo cuando me encuentro con la que pone «Taryn».

Puf. La cojo y le muerdo la cabeza.

Nunca lo admitiré ante nadie, pero por mucho que me queje, estoy un poquito agradecida por la fiesta de empresa anual de Garrett. O al menos por la «excusa» que me proporciona. Siempre la uso como motivo por el cual dejé de ir a casa.

Pero la verdad es que dejé de ir porque hay un capítulo anterior de mi vida que no estoy interesada en leer.

O más bien cierto «personaje».

Dejo escapar un suspiro y voy al frigorífico para sacar una caja de galletas. Después me siento en la mesa de la cocina y abro el portátil.

La ceremonia de presentación de la fiesta de empresa de este año no se va a planificar sola.

Unas horas más tarde, marco la casilla junto a «*Recordar al agente de viajes que no le diga a nadie el próximo destino, sin excepciones*» y paso al siguiente punto de mi lista de asuntos pendientes.

La ceremonia de las rosas.

Es el último evento de la fiesta, y lo hemos copiado tal cual del guion del *reality show* llamado *The Bachelor*. Se llena una bandeja de ro-

sas que Garrett entregará a lo largo del día a los miembros del equipo ejecutivo para determinar quién va a conseguir un ascenso el año siguiente. Los que salen con las manos vacías reciben un sermón sobre las cosas que deben mejorar, y a algunos se les pide que presenten su dimisión.

O al menos eso he escuchado.

Garrett me ofrece siempre la primera rosa sin comentarios, así que siempre he abandonado la sala sin saber lo que ocurre después.

Reviso las facturas y me doy cuenta de que no se ha pedido ninguno de los artículos necesarios. La florista ha presentado un presupuesto con estimaciones en vez de precios reales, el director de Recursos Humanos no me ha enviado la lista de empleados que deben pasar la revisión y los auxiliares no han acabado el trabajo que les asigné hace dos semanas.

Suspiro y entro en mi correo para encontrarme cara a cara con una serie de mensajes cuyo envío deben de haber predeterminado a la misma hora.

***Asunto:** Necesito más tiempo para acabar. (El señor West está siendo muy poco razonable, ¿no crees?).*

***Asunto:** Solicitud de ampliación (Por favoooooor. Tiene que saber que es imposible).*

***Asunto:** ¿Nos puedes dar otra semana más para acabar?*

Sé muy bien que es mejor no abrirlos. También sé que estoy cansada de que utilicen nuestro odio mutuo hacia el jefe para solicitar un trato especial.

Aunque la mayoría de las veces lo dejo pasar, hoy no puedo permitirlo.

Hacerlo significaría un aplazamiento de cinco semanas, aparte del que les di en octubre.

La sangre está comenzando a hervirme y tengo ganas de mandarlos a la mierda, pero me reprimo.

Un buen jefe no hace eso...

Sé que lo mejor es conseguir que uno de mis mentores profesionales me aleje del precipicio, pero solo hay una persona que conozca que esté despierta a estas horas. Una persona que siempre responde cuando llamo.

Cojo el teléfono, busco el contacto de «Satanás personificado» y le doy a llamar sin pensarlo dos veces.

—¿Sí, Savannah? —Su voz profunda suena a través de la línea en tan solo unos segundos, y dudo. No estoy acostumbrada a que me llame por mi nombre, y mucho menos a escuchar lo bien que suena cuando sale de sus labios.

Odio de verdad lo fácil que le resulta ponerme cachonda a veces. Que todavía sea capaz de hacerlo incluso cuando tengo novio.

—¿Piensas decir algo? —Se nota que sonrío—. ¿O solo estabas pensando en mí a las cuatro de la mañana?

—Puf, no. —Pongo los ojos en blanco—. He llamado porque necesito hablar contigo sobre algo importante.

—Te escucho.

—Tengo problemas con lo que hay que tener preparado para la ceremonia de presentación —le digo—. Bueno, eso y un montón de cosas. Todo el mundo me está pidiendo más tiempo para las tareas que deben terminar.

—Vale... ¿Y?

—No entiendo por qué siempre acabamos así —admito—. Le doy a todo el mundo los mismos plazos que tú me dabas a mí.

Deja escapar una pequeña carcajada que hace que un montón de mariposas revoloteen en mi estómago.

—Gracias por hacerme perder el tiempo llamándote por teléfono —afirmo—. Te veré en la oficina y...

—No me estoy riendo de ti —me interrumpe—. Me río de la idea de que de verdad esperes que tus compañeros de trabajo tengan la misma ética laboral que tú. Si les das la misma cantidad de tiempo que yo te daba a ti, entonces solo harán la mitad del trabajo. Concédeles más tiempo o contrata a más personas si quieres que lo hagan según tus expectativas.

Me quedo sentada y quieta durante unos segundos ante la sorpresa por su cumplido.

—¿Algo más, señorita Grey?

—Sí. —Me aclaro la garganta y saco mi agenda—. El señor Warner me ha enviado un correo para pedirme que retrasemos una hora

la reunión del Rockefeller Plaza. Le he dicho que estaba de acuerdo, pero aun así tendré que marcharme a las ocho.

—Para la cita con tu novio, ¿no?

—Sí. —Hago una pausa—. Voy a cenar con él justo cuando llegue de su vuelo.

—Mmm. ¿Te has decidido ya por un vestido?

—Todavía estoy pensando entre varias opciones.

—¿Cuáles?

Tengo ganas de decirle «*No es asunto tuyo*», pero tiene buen gusto para la moda. Eso, y que Georgia me ha sugerido antes que llevara una camiseta y unos vaqueros en plan sencilla, para hacerme sentir más cercana.

—Tengo tres. —Me levanto y camino hacia mi habitación. Abro el armario, enciendo las luces y repaso las opciones—. Está el blanco y rosa con vuelo que llevé hace unas semanas en la reunión con Donovan, el negro que llevé el mes pasado para el baile benéfico y uno nuevo azul marino que todavía no me he puesto.

—Te sienta bien el azul marino, así que podrías ponerte ese —dice—. ¿Dónde lo has comprado?

—En Versace... Me lo compró mi novio.

—Tu novio se jacta de comprarse los trajes en la sección de saldos —declara—. Dudo de que alguna vez haya puesto un pie en esa tienda.

No me molesto en negarlo.

Me agunto una carcajada y lo quito de la percha.

—Gracias por tu ayuda.

—No hay de qué.

Se hace un silencio.

En momentos como este, casi siento que somos amigos, que quizá, solo quizá, podamos mantener una conversación que no termine conmigo colgándole de golpe.

—Estaba a punto de darme una ducha cuando has llamado, señorita Grey —anuncia—, así que a menos que tengas planeado venir y unirme a mí, sin tu novio, claro está, me gustaría dejar esta conversación ya.

Toma, eso por hablar.

Le cuelgo y empiezo a ampliar los plazos de mis compañeros.